

El cielo en la casa.

Casas de patios, sol y lluvia en el Valle de Aburrá*

Fecha de recepción: 12 de junio de 2013 Fecha de aceptación: 13 de marzo de 2014

Juan David Chávez Giraldo

Doctor en Artes

Profesor titular, Universidad Nacional de Colombia

jdchavez@unal.edu.co

Resumen En este texto se aborda el tipo arquitectónico de la casa de patios del Valle de Aburrá¹, mediante un análisis basado en la adaptación del planteamiento que Régis Debray hace sobre el desarrollo de la imagen en Occidente y establece tres miradas que él denomina mágica, estética y económica. En el escrito se muestra que esta tesis también es aplicable a la construcción mental que el ser humano crea sobre la arquitectura y se expone que la casa de patios corresponde a la mirada estética, que se estructura simbólicamente de manera vertical con carácter numinoso.

Palabras clave Casa colonial; casa de patios; casa republicana; espacio doméstico; mirada estética

Palabras clave descriptor Casas con patio; distribución de espacios (Viviendas); estética arquitectónica - Valle de Aburrá (Antioquia, Colombia)

* Artículo de investigación científica y tecnológica. Síntesis de un capítulo de la investigación Casa, hogar y cielo, que el autor realizó como tesis doctoral en Artes en la Universidad de Antioquia. La idea central versa sobre la pérdida contemporánea de la verticalidad simbólica en el espacio doméstico del Valle de Aburrá. Inició en 2010 y finalizó en 2012.

¹ Ubicado en el departamento de Antioquia (Colombia), incluye los municipios de Caldas, La Estrella, Itagüí, Sabaneta, Envigado, Medellín, Bello, Copacabana, Girardota y Barbosa. Tiene una extensión de 1.168 km² y una población aproximada de 3,7 millones de habitantes (Área Metropolitana del Valle de Aburrá, s. f.).

The sky at Home. Homes with Patios, Sun and Rain in the Valley of Aburrá

Abstract In this paper the architectural type of house with patios from the Aburrá Valley is addressed through the analysis of a system based on the adaptation of the approach that Régis Debray makes on the development of the image in the West and establishes three ways of looking: magic, aesthetics and economical. In the text it is shown that this thesis also applies to the mental construct that humans make about architecture and states that the house with patio corresponds to the aesthetic look, structured symbolically in a vertical way with numinous character.

Key words Colonial house; patios; republican house; domestic space; aesthetic look

Key words plus Courtyard houses; room layout (dwellings); architecture-aesthetics; Aburrá Valley (Colombia)

O céu na casa. Casas de pátios, sol e chuva no Valle de Aburrá

Resumo Neste texto aborda-se o tipo arquitetônico da casa de pátios no Valle de Aburrá, mediante análise baseada na adaptação do levantamento que Régis Debray fez sobre o desenvolvimento da imagem em Ocidente e estabelece três olhares que ele nomina mágica, estética e econômica. No escrito mostra-se que esta tese também é aplicável à construção mental que o ser humano cria sobre a arquitetura e expõe-se que a casa de pátios corresponde ao olhar estético, que estrutura-se simbolicamente de maneira vertical com caráter numinoso.

Palavras chave Casa colonial; casa de pátios; casa republicana; espaço doméstico; olhar estético

Palavras chave descritor Casas Pátio; quarto layout (habitações), arquitetura; estética; Valle de Aburrá (Antioquia, Colombia)

Introducción

El estudio histórico de la arquitectura doméstica en el Valle de Aburrá permite verificar la existencia de tres tipos arquitectónicos fundamentales que se asocian con la teoría que Debray (1998) plantea para la historia de la imagen en Occidente, según la cual existen tres miradas: la mágica, la estética y la económica. Esta teoría, además, permite verificar una perspectiva universal en el proceso de desarrollo cultural del Valle de Aburrá, evidente en el espacio doméstico y que alcanza, aunque con cierto atraso, el pulso global de la historia.

Según la investigación base de este artículo, la mirada mágica en el Valle de Aburrá corresponde a la cabaña prehispánica; la estética, a las casas de patios y la económica, a las torres de apartamentos. Se propone que tanto en el tipo de la cabaña como en el de patios se estableció una estructura simbólica de carácter vertical vinculada con el espacio geométrico, que se perdió con el tercer tipo. A partir del análisis de textos históricos, relatos, crónicas y escritos literarios, este artículo se concentra en las casas de patios: la evidencia de su carácter estético y su estructura vertical de perfil numinoso, se describe analítica y contextualmente el tipo desde su aparición colonial con la llegada de los españoles, se incluye un breve recuento de su ancestro arquetípico y se pasa por el período republicano hasta su inminente desaparición en el presente.

En su tesis, Debray confirma la idea de que “la dimensión estética es una propiedad relacional y no una propiedad del objeto” (Schaeffer, 2005, p. 34), que determina comportamientos de

discriminación cognitiva relacionada con la satisfacción o no de una necesidad y lleva, a su vez, a una disposición afectiva frente a los estímulos que se perciben. Desde esta perspectiva, según Leroi-Gourhan (1971, p. 268), el comportamiento estético hay que entenderlo como un efecto de la realidad sobre la percepción sensible de los ritmos y valores, basada en propiedades biológicas. Así, la estética es un dominio de la conciencia que se posa sobre las formas y el movimiento. A partir de estos, el mundo de las sensaciones se convierte en universo simbólico, al constatar la correspondencia afectiva respecto a una necesidad.

Para borrar el rastro del demonio

El encuentro de los mundos, ocurrido con la llegada de Colón a América, fue el de mayor impacto para las culturas americanas, aniquiladas por la conversión religiosa que veía al demonio en lo indígena (Cervantes, 1971, p. 128; Zambrano, 1992, p. 291; Zapata, 1988, pp. 29, 33, 38, 40). La ciudad, como clave colonizadora, instauró un mundo habitable bajo el juicio de la razón en nombre de la Iglesia católica; aquí, tanto la fundación de una ciudad como la construcción de una casa representaban un nuevo nacimiento de consagración simbólica, que repetía la cosmogonía de la transformación originaria del caos en cosmos, como acto divino de creación. En los caseríos españoles, a lo sumo se establecían entre diez y treinta fundadores en una retícula de unas seis manzanas; allí se ubicaban el templo y las viviendas de materiales perecederos que adquirieron consistencia y adoptaron el tipo patial.

Figura 1.
El articulador íntimo: patio de casa particular, siglo XIX, Caldas,
Valle de Aburrá



Fuente: elaboración propia

El arquetipo del patio

El origen del patio doméstico americano es múltiple e incluye ascendencias española, árabe, romana, cartaginense, fenicia, griega, cretense, micénica y hasta neolítica, por la hibridación cultural en la historia de los pueblos que le antecedieron; su condición utópica constituye uno de los elementos más representativos de la órbita íntima que, desde los comienzos de la civilización, fue el motor de la dinámica de la vivienda, como conexión trascendente con lo celeste y como dispositivo bioclimático (Capitel, 2005, p. 16). Parece ser que este tipo es otro arquetipo, al que

muy probablemente se hubiera llegado con el proceso evolutivo de la cabaña amerindia; de ese modo, la instalación española de la casa de patios en América sería un salto en el tiempo:

[...] debe existir una disposición, inconsciente al individuo, de difusión por así decir universal; una disposición en efecto, que es capaz de producir, en todos los tiempos y en todos los lugares, en principio los mismos símbolos o, al menos, muy semejantes (Jung, 1990, p. 133).

Esto ocurre en el tipo patial, en el que Cielo y Tierra se encuentran bajo una noción estética y religiosa.

Destellos del Renacimiento y ecos de la Contrarreforma

Si bien durante el siglo XV en España pervivía un aire gótico², la reaparición del humanismo llevó a un redescubrimiento del mundo; con ello, el arte se hizo no tanto para Dios sino para el hombre, con la inclusión de la arquitectura y el espacio doméstico (Santa, 1986, p 13). Apareció una idealización del mundo: la razón imponía el orden humano sobre la naturaleza y así exhibía el temor al caos (Duque, 2007); esto explica el precepto impuesto por los españoles en América, que llegó a todos los aspectos culturales. Además, la cultura americana en los siglos XVI y XVII, concentrada en el conflicto místico de la fe, obligaba a una vida recatada para conservar las buenas costumbres y prepararse para la vida eterna en un microcosmos familiar ordenado.

Una consecuencia de la exaltación de la razón fue la impresión de unidad, de homogeneidad y de simpleza en la obra renacentista (Romero, 1958, p. 350). La percepción del espacio arquitectónico

2 Encarnado en el estilo gótico isabelino o flamígero, difundido en España en el reinado de los reyes Católicos en los siglos XIV y XV.

es fluida, sin interrupciones y desde cada componente se asoman los contiguos; de ahí que la experiencia en las casas de patios despliegue un continuum perceptual dinámico (Pardo, 1992, p. 22) y el espacio doméstico se perciba también como un sistema de situaciones temporales, que suceden en un escenario conectado con el Cielo por medio de los patios.

En el Valle de Aburrá, la colonización fue tardía y de poco interés, comparada con los centros del continente, que de por sí tenían un eco cultural moroso. Los españoles llegaron al Valle de Aburrá en 1541, cuando arribó Jerónimo Tejelo, enviado por Jorge Robledo y construyó el primer conglomerado de habitantes no indígenas en el caserío del cacique Aná, con edificaciones hechas con materiales vegetales que desaparecieron al ser abandonadas por las tropas. Aunque en 1547 el gobernador Gaspar de Rodas solicitó a Santafé de Antioquia una concesión, el proceso de colonización se inició con el primer título de propiedad dado a Juan Daza en 1580; no obstante, el principal colonizador fue Rodas, quien dio títulos y, además, poseía encomienda (Piedrahita, 1976, p. 12). A su muerte los terrenos pasaron a su única heredera Ana M. de Toro y luego fueron repartidos entre sus hijos, nietos y bisnietas, que se casaron con españoles y se establecieron en El Guayabal, La Tablaza, La Sabaneta, El Aguacatal, La Yurá y Envigado, en modestas casas de tapia y paja con patios (AMVA, 2010, p. 18).

Antes de la fundación de poblados, el Valle de Aburrá fue ocupado por hatos que concentraban pequeños núcleos de población y casas de hacienda (Rodríguez, 1992, p. 33); además de los potreros referidos, se ocuparon los de Barbosa, La Tasajera, Fontidueño y Hatoviejo (AMVA, 2010, p. 18). Una vez consolidados estos núcleos, se inició el proceso de organización racional, cuya condición trajo el sentido de que las casas eran células del organismo urbano. En

1616 se fundó el primer caserío con el nombre de San Lorenzo de Aburrá y luego se formalizaron los demás poblados a los que se sumaron el de Aná, Girardota, La Culata, La Estrella, Belén y La Granja.

El pueblo de San Lorenzo se trasladó en 1646 a donde hoy está el cementerio del mismo nombre y en 1649 al actual emplazamiento de la iglesia de San José; en 1671 se nombró Nueva Villa del Valle de Aburrá de Nuestra Señora de la Candelaria de Aná y en 1674 se fundó oficialmente a Medellín mediante Cédula Real. En 1675, el caserío se nombró Villa de Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, con 82 familias (Bernal, 1980, p. 44) —la mayoría, española— que se reunieron en el poblado provenientes de sus hatos y gracias a que, en la ceremonia de fundación, el Cabildo repartió solares y obligó la construcción de casas en ellos antes de un año, so pena de perderlos.

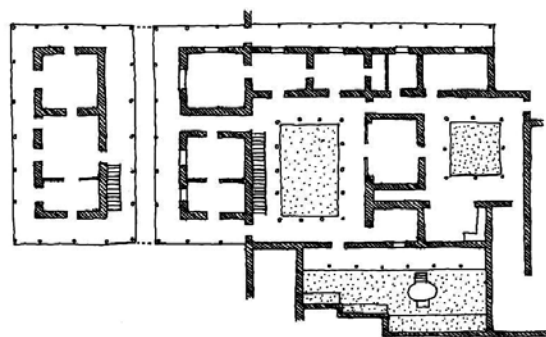
Para entonces, Medellín era un poblado sin mayor importancia, interés económico o político ni era lugar estratégico o estación de paso; los recursos de la incipiente urbe eran mínimos y el espacio doméstico se resguardaba en construcciones muy modestas; incluso a finales del siglo XVII todavía había casas de nativos en la plaza. A principios del siglo XVIII la ciudad aún era una apacible y precaria provincia agropecuaria con casas que apenas iniciaban su consolidación; de hecho, en 1745, los techos pajizos del marco de la plaza se estaban cambiando por teja de barro (Piedrahita, 1975, p. 329).

La casa colonial

A pesar de lo básicas que eran las casas de la villa, lo importante fue el establecimiento invertido del soporte doméstico, es decir, un objeto material arquitectónico para dar cabida al espacio de la intimidad doméstica alejado del

mundo exterior, cuya conexión simbólica con el Cielo por medio del patio marcó su carácter estético. Como era natural, los españoles trajeron sus formas culturales y, con ello, sus casas patiales; así, transpusieron el concepto ancestral arquetípico de perfil místico, ya que “La aparición de los arquetipos tiene un declarado carácter numinoso que, si no se quiere llamar ‘mágico’, hay que llamar espiritual” (Jung, 1994, p. 149). Esta connotación del tipo trajo la estructura vertical simbólica de apertura al cielo para recrear la posibilidad trascendente, según la creencia de que “el alma se desprenderá más fácilmente de su cuerpo si esa otra imagen del cuerpo-Cosmos que es la casa presenta una fractura en su parte superior” (Eliade, 1992, p. 147).

Figura 2.
El arquetipo patial campestre: *Finca Londoño*, siglo XIX, Girardota, Valle de Aburrá



Planta redibujada de Área Metropolitana del Valle de Aburrá. *Patrimonio urbanístico y arquitectónico del Valle de Aburrá*

Fuente: elaboración propia

Ahora bien, la élite del Valle de Aburrá puso el norte de sus hábitos en la península Ibérica y reprodujo, además del contenedor, el ambiente de la experiencia íntima, lo que confirma que:

Una indicación de la naturaleza simbólica de la casa está en el hecho de que muchos inmigrantes traen consigo su arquitectura [...] el carácter simbólico es muy importante para ellos; es un pedazo del hogar y es, por lo tanto, familiar en términos simbólicos (Rapport, 1969, p. 72).

Además, la tradición castellana daba mucha importancia a la familia; esta se extendió a la Nueva Granada y se sumó a la concepción tomista de la vuelta al mundo (Arango, 1996), que hicieron de la casa una vía de salvación, al otorgarle un carácter místico:

El pueblo, sometido o esclavo, sólo trataba de servir a sus señores, de aprender la doctrina y de aprender los preceptos de Nuestra Santa Madre Iglesia [...] tenía que apacentarse en los remansos de la Religión y del hogar [...] se levantaban con el alba, desayunaban, iban a misa, volvían a tomar la media mañana, se iban a bañar al río, a pie o a caballo, almorzaban a las ocho, echaban siesta hasta las once, tomaban el pisco-labis, daban otro trasiego, comían a la una, iban a visitar al Santísimo, tomaban la media tarde; se iban de caminata a las cuatro, con tertulia y paliqueo. A las seis rezaban el rosario [...]. El doble de las ocho, para pedir por las ánimas benditas o para encomendarse a ellas [...] (Carrasquilla, 1975, en *El libro de oro de Medellín*, 1979, p. 31).

Las haciendas se mantuvieron simultáneamente con las casas urbanas y, desde los inicios de la villa, sus habitantes prefirieron la vida del campo en casas cuyos sistemas espaciales eran casi todos del tipo patial (Bernal, 1980, p. 68-69, 78; Ospina, 1994, citado en Botero, 1994, p. 51; Castro, 1927, p. 35; Rodríguez y Castro, 1996, p. 91). La funcionalidad que originó duplicidad de domicilio se transformó por una necesidad lúdica, que aún se mantiene como comportamiento universal para equilibrar la presión citadina

(Body-Gendrot, 1996, p. 91). La casa urbana, por su parte, también tenía una inclinación estética independiente de su dimensión u opulencia, pues el tipo es el que determina la esencia profunda de la experiencia, ya que él se va formando en relación con un conjunto de exigencias prácticas e ideológicas de la existencia (Argán, 1969). Así, entonces, la mecánica del tipo patial y, sobre todo, su estética de condición trascendental, fueron las claves del espacio doméstico colonial.

En estas casas los cuartos anexos al acceso se articulan por medio del zaguán, que conecta la calle con el patio y define un filtro entre lo íntimo y lo mostrable. Dicho sistema respalda la noción de intimidad y los extraños solo pueden acceder al zaguán (Saffray, 1948, p. 24). En los dormitorios se establecía una atmósfera de austeridad de condición mística que correspondía al sentido espiritual de la vida, que se reforzaba con la imaginería y las costumbres devotas; se fortalecía, de ese modo, la condición sacra del hogar referida en la literatura (Carrasquilla, 2008, pp. 58, 90, 538).

La cocina era el lugar de mayor actividad: de ella formaba parte toda clase de objetos y animales domésticos; el fuego y la función de mantenerlo encendido todo el tiempo era responsabilidad femenina, ligada a los aspectos simbólico y práctico. Las descripciones de las costumbres culinarias coloniales del Valle de Aburrá, hechas por viajeros y cronistas (Castro, 1927, p. 42; Gosselman, 1981, pp. 235-237; Carrasquilla, 2008, p. 795) dejan ver la cantidad y variedad de productos que implicaban una enorme actividad, con toda clase de estímulos estéticos que invadían la casa. Los solares, asociados con las cocinas, también estaban llenos de incitaciones estéticas por la presencia de numerosas especies vegetales y animales.

En relación con la higiene, los españoles no tenían la costumbre del baño cotidiano y todavía

Figura 3.
Los dormitorios en torno al corazón: *Casa Barreneche*, siglo XIX, Caldas, Valle de Aburrá



Fuente: elaboración propia

tenían la idea medieval del cuerpo como instrumento del pecado; en consecuencia, el baño no tenía mayor importancia y, como el agua no era fácil de llevar a la casa, se limitaba a limpiezas superficiales (Ochoa, 1984, p. 52). Los servicios sanitarios eran muy precarios y la letrina, localizada en el solar, constituía un foco de contaminación para los alimentos; las bacinillas complementaban el sistema en las habitaciones.

La estética trascendental doméstica se comprometía con el honor del hogar asociado con la virginidad y la fidelidad femenina; un padre del siglo XVIII, al ver que su hija esperaba un hijo sin haberse desposado, manifestaba: “Quando

hablo de la desonra de mi cassa me ruboro, el corazón se me funesta, manda lágrimas a los ojos y solo me permite dar una idea oscura de mi situación” (Uribe, 1995, citado en Naranjo, 1995, pp. 122-123). Así, las condiciones de aislamiento del espacio doméstico eran similares en las casas griegas, africanas y latinoamericanas:

[...] sugieren que se relaciona con algún factor social, que puede ser la extrema necesidad de privacidad para las mujeres, que son enclaustradas. Las ventanas y tejados de estas casas se diseñan de manera que impiden el que alguien se entrometa en la intimidad de la casa (Rapoport, 1969, p. 88).

Sobre el enclaustramiento de las mujeres del Valle de Aburrá hay numerosos pasajes escritos (Von Schneck, 1953, p. 21; Castro, 1995, citado en Naranjo, p. 303; Gutiérrez, 1995, citado en Naranjo, 1995, p. 42; Restrepo, 2003, citado en Morales, pp. 84, 86; Restrepo, 1995, citado en Naranjo, 1995, p. 128; Carrasquilla, 2008, p. 39), pero lo más significativo para este artículo es que el sistema espacial de la casa materializa los filtros para preservar a las mujeres; en consecuencia, la casa solo se abre de manera franca al cielo por sus patios, al introducir la estructura sagrada del mundo, pues “El Cielo revela, *por su propio modo de ser*, la trascendencia, la fuerza, la eternidad” (Eliade, 1992, p. 103), lo que subraya el aspecto numinoso del hogar, puesto que, como lugar privilegiado, permite que desde ella se acceda al Cielo. Obsérvese que en ‘templum’, que verbalmente significa ‘lo cortado’, esto se expresa con toda claridad. La palabra no designa originariamente al edificio, sino al pedazo de cielo, cortado de la bóveda celestial para el estudio profético del vuelo de los pájaros” (Bollnow, 1964, p. 480). Dentro de este simbolismo de carácter universal, el patio materializa la idea de que “nuestro mundo’ es una tierra santa porque es el lugar más próximo al Cielo” (Eliade, 1992, p. 39); de tal suerte, el patio establecía el Cielo

en la casa e instauraba una postura que veía en el firmamento a Dios.

Frente al estático tiempo doméstico colonial, el patio inyectaba la fugacidad del instante, que recuerda la pasajera existencia y la promesa de la vida eterna. El ciclo eterno de la resurrección luego de la oscuridad nocturna, evidente en el patio, se enriquecía con la vida y sobre todo con las flores; numerosos pasajes literarios (Gosselman, 1981, p. 230; Castro, 1927, p. 44; Carrasquilla, 2008, pp. 56, 455) muestran la orquestación de especies de todo tipo; la casa, que giraba en torno al patio, se llenaba de la dinámica propia de la naturaleza:

Érase una plaza ladrillada [...] muy ajustadita y acondicionada, y afuera la desbarataban, levantándole tolondrones, dislocándole baldosines, las raíces formidables de un tamarindo, que amenazaba derribar el caserón. El trono aquel se sostenía en cinco dedos como la garrá de un monstruo del infierno formando otras tantas cuevas. Cardos, musgos, helechos, poníanle vendajes; tendíanse los brazos de la calle a la huerta [...]. Zumbaban cucarrones atabacados y los blondos abejorros; loqueaban las mariposas tornasoladas y las libélulas de gasa; discurrían pausados los escarabajos de coraza verdosa y los de cuernos; retorciáanse los gusanos de peluche bordado y los cientopiés de chaquiras; daban cada zancajo los arañones y los “caballos de palo” (Carrasquilla, 2008, p. 569).

La naturaleza contribuía con el aspecto numérico del hogar, pues “Para el hombre religioso, la Naturaleza nunca es exclusivamente ‘natural’: está siempre cargada de un valor religioso” (Eliade, 1992, p. 101), de modo que el interior de estos recintos aludía a la trascendencia y establecía la relación vertical simbólica que da sentido sagrado a la vida, ya que “La simple contemplación de la bóveda celeste basta para desencadenar una experiencia religiosa” (Eliade, 1992, p. 102). Así, el carácter religioso de este tipo subraya su condición estética.

El nuevo colonialismo

Desde 1750, la cultura neogranadina se transformó tras la instauración del aire renovador borbónico, con el sello del afrancesamiento basado en la ciencia moderna (Jaramillo, pp. 111-112); se pretendió una reorganización estatal, un cambio en la educación, una economía tecnológica y una higienización del hábitat que reafirmó a la ciudad como centro civilizador y a la casa como dispositivo de orden y control privado dentro de la vigilancia familiar (Garrido, 1996, p. 143).

A principios del siglo XVIII, Medellín no tenía más de 5.000 habitantes (Rodríguez, 1992, p. 144) y en 1769 unos 6.000 (Bernal, 1980, p. 37), pero en menos de una década había llegado a 14.704 (Botero, 1996, p. 7). Según Francisco Silvestre, en 1776 “La villa [...] es la más poblada y de mayor vecindad de la Provincia y donde abunda más que en otra parte la gente distinguida [...] siendo excesivas en las casas de campo de sus inmediaciones” (Jaramillo, 1988, citado en Benítez, p. xxxiv), lo que llevó a la comentada obligatoriedad de casas urbanas a sus propietarios. No obstante, en 1783, “la desnudez de los vecinos era casi general y deplorable [...] en su mayor parte eran tan pobres, que rara vez se comía carne [...] y el sebo no alcanzaba para el ruin alumbrado” (Bravo, Ramírez y Restrepo, 2005, p. 34). En 1784, el visitador Mon y Velarde depuró la administración, repartió tierras, ordenó fundaciones, fomentó la agricultura, inició el mercado público, abrió graneros, hizo construir desagües subterráneos, dotó a la ciudad de agua limpia, etc. En el censo realizado por él en 1786, se contabilizaron 242 casas de un piso y 29 de dos (Bravo et al., 2005, pp. 35-39), pero con su impulso, en 1799 eran 446 y 35 respectivamente (Benítez, 1988, p. 176).

La villa pasó a ser ciudad en 1813 y en 1826 reemplazó a Santa Fe de Antioquia como capital provincial, lo cual propició su madurez urbana.

Además, mientras otras provincias sufrían una fuerte depresión, en Antioquia se respiraba prosperidad por los adelantos técnicos en la minería y nuevos yacimientos mineros, pero después de la independencia de España, de manera paradójica, surgieron nuevos colonialismos: comercial de Alemania, Suiza y Holanda; artístico de Italia; cultural de Francia y religioso del Vaticano. Surgió un fenómeno de expansión y consolidación urbana y las casas entraron en un proceso de modernización, al adquirir la elegancia en una escenografía idealizada según nuevos modelos estéticos importados. Sobre los ambientes de lujo, incluso los extranjeros se admiraban (Gosselman, 1981, pp. 25-26, 210; De Greiff, 2003, citado en Morales, p. 68; Piedrahita, 1975, pp. 469, 471).

Las quintas trataban de reproducir el ambiente y la comodidad de las élites de ultramar, al acudir al goce estético característico del subdesarrollo, de “fantasías y sueños de modernidad, [...] con espejismos y fantasmas [...] estridente, basto y rudimentario” (Berman, 1988, p. 239). En efecto, hacia 1880, la ciudad seguía llena de contradicciones, con cañaverales, pesebreras y trapiches, con mulas, bueyes, caballos y unos pocos coches en sus calles y con hábiles comerciantes de contactos en el extranjero; esto evidenció que el despertar a la modernidad llegaba de manera contradictoria. Además, llegaron numerosos profesionales para desempeñar diversas tareas (García, 1997), quienes, más allá del enorme aporte profesional, trajeron el ideario europeo. La atmósfera del Romanticismo tardío de la América española se mantuvo hasta principios del siglo XX en el Valle de Aburrá y el tipo del patio contribuía con su mirada bucólica.

Las casas del siglo XIX, vernáculos, sin pretensiones estilísticas ni teóricas, tenían una enorme riqueza estética que pervivió tras el paso de las generaciones con la dimensión espiritual presente, condicionada por los patios:

[...] el hombre de las sociedades tradicionales no podía vivir más que en un espacio “abierto” hacia lo alto, en que la ruptura de nivel se aseguraba simbólicamente y en el que la comunicación con el *otro mundo*, el mundo “trascendente”, era posible ritualmente (Eliade, 1992, p. 43).

A pesar del lujo, en el primer cuarto del siglo XIX las casas no tenían baño y la gente seguía aseándose en su hogar de manera superficial o, esporádicamente, en el río y las quebradas. Después surgieron los establecimientos de baños públicos y luego empezaron a introducirse las bañeras, las duchas y los baños de inmersión, que se instalaron en los patios en medio de escenográficos ambientes que presagiaban la especialización acorde con la vida moderna:

Figura 4.
Habitación típica de casa patial: *Casa Santa Fe*, siglo XIX, Medellín



Fuente: elaboración propia

[...] la casa tiene segundo patio y es también de claustro y con surtidor. Allí están el oratorio, el cuarto de trebejos, los de criadas, el “de plancha”, la despensa y la entrada de la cocina [...]. Comunicado con las alcobas está el baño, en un campo de césped. Rosales variadísimos lo perfuman, y dos leones de barro, cubiertos de cemento [...] cuidan a las ninfas y ahuyentan todo geniecillo libidinoso que pretenda asomarse (Carrasquilla, 2008, pp. 636-637).

La alimentación doméstica mantenía la riqueza colonial, aunque más higiénica y refinada (Echavarría, 1936, p. 10; Castro, 1927, pp. 46-47); las estufas de hierro con carbón mineral operaron un cambio en la cocina, sobre todo en las de familias adineradas, porque en el resto se mantenía el fogón de leña. Y aunque el comedor solo

Figura 5.
La condición numinosa del patio doméstico: patio central, casa particular, siglo XX, Girardota, Valle de Aburrá



Fuente: elaboración propia

se generalizó a principios del siglo XX, cuando existía, complementaba el ambiente del patio que constituía el recinto estético por excelencia: “El patio veáse siempre muy bien desyerbado y constantemente barrido; y los corredores con su suelo de ladrillo muy lustroso y aseado, con sus paredes blanqueadas y sin mancha alguna, daban gusto” (Restrepo, 1995, citado en Naranjo, 1995, p. 123). Este ambiente llenaba todo el espacio doméstico:

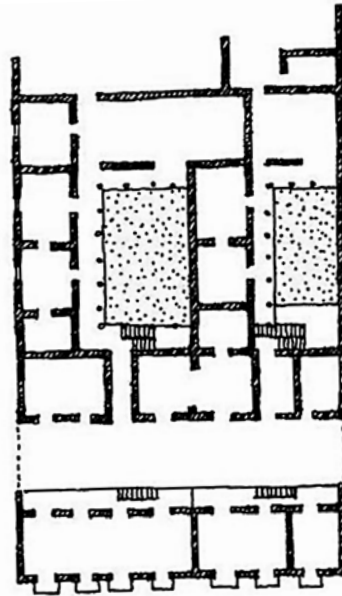
Le toma ambas manos, amoroso, rendido, y con verdadero sentimiento de lo bello y esa acentuación característica del parisiense, va emitiendo despacito las dulces languideces y aquella tristeza tan honda, tan saludable, de *Lucía*. Las acompaña el gorgoreo del agua y los estremecimientos rumorosos de los follajes del patio (Carrasquilla, 2008, p. 528).

La religiosidad de los dormitorios también gozaba de un cuidado esmerado y de cierto lujo, si era posible, que acercaban el espacio doméstico a un mundo de éxtasis místico:

En los delirios de aquella dicha infinita, ambos a una sienten que se estremece el aire de la estancia, que el ángel flota, que gira rumoroso; y, cual si aquel ser invisible les trajese en sus alas átomos del cielo, los dos a un tiempo mismo dan una aspiración, para insuflar adentro de sus almas la misteriosa ráfaga (Carrasquilla, 2008, p. 525).

El mobiliario del siglo XIX era más pequeño, liviano y de diferentes estilos; era modesto en la primera mitad del siglo; ya en la segunda mitad del siglo, muchos muebles se traían de Francia (Restrepo, en Naranjo, 1995, pp. 121-122). La afición por el piano, además de ser símbolo de estatus, incorporó una idealización romántica y una musicalización refinada en el hogar, que decayó luego con las pianolas, las victrolas y la radio. Los salones se abrieron de manera paulatina, pero se usaban solo para visitas muy excepcionales; en ellos había también una inclinación estética para conformar mundos europeizados (Castro, 1927, pp. 44-45).

Figura 6.
La adaptabilidad del tipo patial: casa particular, siglo XIX, Girardota, Valle de Aburrá



Planta redibujada de Área Metropolitana del Valle de Aburrá, Patrimonio urbanístico y arquitectónico del Valle de Aburrá.

Fuente: elaboración propia

Las transformaciones del país entre 1890 y 1920 condujeron a modificaciones en las estructuras urbanas y la villa alcanzó la complejidad propia de una ciudad (Botero, 1996, p. 77); se instauró una nueva burguesía empresarial y hubo cambios en lo privado. La élite viajaba al extranjero con mayor frecuencia, con lo que se reforzaba el referente de que no se replicaba por crónicas, sino por lo vivido de manera íntima³. No obstante, la arquitectura doméstica tardó en iniciar sus cambios y, aunque al principio del siglo XX el patio mantenía su papel ordenador y simbólico y la mirada estética prevalecía, la casa tuvo que adaptarse a las nuevas condiciones, a la progresiva ausencia de la madre, quien se ocupó de nuevas actividades e ingresó al mercado laboral y al surgimiento de nuevas actividades domésticas (Reyes, 1994, pp. 68, 195, 195). Todo ello exigió cambios, que incluyeron los adelantos técnicos de la década del veinte cuando se presentó la importación de objetos domésticos y aparatos sanitarios (Piedrahita, 1976, p. 518)⁴. Solo en 1921 se inauguró el acueducto y en 1943 la planta de tratamiento de agua. En cambio, la energía se había instalado en 1897 y los teléfonos en 1891. En la casa se mantenía la herencia colonial pero atisbaban los cambios de la modernidad:

[...] en el segundo ha instalado Cruz su galería fotográfica, el billar, la biblioteca y la sala de gimnasia, amén de un cuarto de honor, [...] no se ha contentado con los jardines exteriores: del patio céntrico, un patio medio morisco, en extremo sugiriente, ha hecho una sucursal del monte virgen [...] la sala del marido. Es amplia, henchida de oxígeno y de perfumes tónicos, con dos puertas al exterior [...]. No se nota esa

simetría meticulosa y burguesa de antaño, pero tampoco el desorden estudiado y un tanto cursilón que priva ogaño [...]. Sésgase el piano en un ángulo [...]. Por mesas, veladores y atriles se apilan libros y papeles de música (Carrasquilla, 2008, pp. 527-528).

Se ha identificado la arquitectura de esta época como republicana; en ella se impuso la arquitectura de estilos en la cual el sistema delimitante de las casas acogió un repertorio ecléctico con intenciones de diferenciación y satisfacción de las fantasías de la burguesía. El patio republicano fue tan solo una estilización del colonial, pero el interés estético se mantuvo, al envolver a los usuarios en sus estímulos (Saldarriaga, 1995, pp. 146, 152). El concurso anual, promovido por el Consejo de Medellín para premiar la fachada privada exterior moderna más bella, da una idea de los intereses de entonces (Perfetti, 1996, pp. 98-99). La cocina, con la progresiva inclusión de electrodomésticos (Martínez, 2000, p.28)⁵ modificó las costumbres culinarias, se emprendió un proceso de reducción tridimensional y simbólica; el comedor se consolidó por los años treinta y el salón se convirtió en el lugar más representativo y de sociabilidad; la biblioteca también hizo presencia y, de esta manera, se manifestaba la capacidad económica y cultural, así como el estatus intelectual.

Los esfuerzos modernistas comprometieron la dinámica doméstica. Fue así como el aseo personal se vinculó con los “excusados”, que se mejoraron hacia los años treinta y dieron lugar al cuarto de baño aislado, en donde se daban también experiencias de placer y contemplación entre espejos, jabón, toalla, papel y aparatos higiénicos

3 De Ricardo Olano por ejemplo, se sabe por sus memorias, que frecuentaba Manchester, Londres, Bremen, Hamburgo, Leipzig, Iselhorn, París, Renania, Nueva York, St. Thomas y Jamaica, en donde era invitado con frecuencia por sus socios a pasear, cenar o almorzar en sus casas.

4 Ya en el primer directorio de Medellín de 1906 se ofrecían todo tipo de objetos, mercancías e inodoros domésticos importados de Estados Unidos.

5 La revista *Letras y Encajes* publicó entre 1927 y 1928 una sección en la que mostraba las novedades de la moda, del mercado de electrodomésticos y enseñaba a las amas de casa a cuidar y conservar dichos aparatos que habían entrado a formar parte de la cotidianidad.

Figura 7.
La potencia estética de la higiene corporal: baño de inmersión,
Casa Barrientos, década de 1870, Medellín



Fuente: elaboración propia

(Londoño, 2008, p. 150). La dicotomía cuerpo-alma colonial se rompió y se reflejó en la higiene, la alimentación, la salud y la gimnasia, lo que confirma la idea de que “La cultura es la síntesis adecuada entre razón teórica y razón práctica, o sea, *poíesis*, obra de arte. Su eficiencia es el eros y su motivo y fin la belleza y la utilidad” (Arregui y Chozza, 1993, p. 450).

La casa instauraba un modo de vida cada vez más abstracto y mecanizado, se liberó tiempo que se

dispuso para actividades intelectuales y se abrió paso a los ideales de la cultura de ascendencia anglosajona, establecida en Estados Unidos y Canadá; la noción del hogar como una máquina (Wiener y Sert, 1950, p.17)⁶ determinó el espíritu del espacio doméstico que adquirió otra dimensión simbólica bajo un afán económico y reduccionista que sometía la cualidad estética y simbólica (Arango, 1997, p. 45).

El paso a la imagen económica

La desaparición del patio tradicional fue inminente. Hubo un cambio profundo en el espacio doméstico y la aplicación estulta de los principios modernos lo llevaron a su pauperización; se asoció con un universo abstracto, idealizado por todas las clases. La alienación y la pérdida de la identidad, impulsadas por los intereses que se escudaron en una supuesta democratización, desvirtuaron el hogar. No obstante, algunas urbanizaciones mantuvieron el patio, pero en la mayoría pasaron a ser dispositivos exclusivos de iluminación y ventilación. Aunque en el Valle de Aburrá la casa es un tipo en vías de extinción que pervive, paradójicamente, entre los más pobres y los más ricos, para estos aún se conciben algunas con patios; en ellas, la mayoría de los microcosmos se abren al entorno, lo cual riñe con el concepto introvertido del patio tradicional; además, como los cambios sociales exigen otra dinámica, cada recinto es autónomo. Con esta defunción, se ha dado paso a la imposición de las torres de apartamentos correspondiente a la mirada económica debreyana que trae consigo otra espacialidad y otro sentido vital sin rastro de la cualidad numinosa del tipo patial.

6 Un año después de la implementación de la carta de Atenas, en 1950, la firma Town Planning Associates, a la cabeza de Paul Wiener y José L. Sert, entregaron el Plan Piloto para Medellín, que estuvo basado fundamentalmente en los preceptos de la Arquitectura Moderna que incluían la visión maquinista de la vivienda.

Conclusiones

Puede confirmarse, pues, que la construcción mental que establece el ser humano sobre la arquitectura le imprime un sentido particular a la existencia; en concreto, la mirada estética que favorece el tipo patial otorga al mundo doméstico un sentido numinoso lleno de estímulos perceptuales que conduce a una respuesta afectiva positiva. Este tipo, que acoge una estructura vertical simbólica en la que convergen la tierra y el cielo mediante la apertura del patio, mantuvo esa necesidad universal de sentido trascendente que, desde tiempos ancestrales, se estableció en el recinto doméstico primitivo, encarnado en la cabaña primitiva prehispánica en el Valle de Aburrá.

Bibliografía

- Arango, G. (1996). La religiosidad en el Valle de Aburrá, 1828-1886. En J. Melo (ed.), *Historia de Medellín*, tomo I. (pp. 255-267). Bogotá: Suramericana.
- Arango, G. (1997). *La poética. De la casa de patio a la casa moderna*. Bogotá: Universidad Nacional.
- Área Metropolitana del Valle de Aburrá (s. f.). *El Valle de Aburrá*. Recuperado de <http://www.areadigital.gov.co/institucional/Paginas/queeselarea.aspx>
- Área Metropolitana del Valle de Aburrá. (2010). *Patrimonio urbanístico y arquitectónico del Valle de Aburrá*. Medellín: Autor.
- Argán, G. C. (1969). *Proyecto y destino*. Caracas: Universidad Central.
- Ariès, P., Duby, G., Brown, P., Patlagean, E, Barthelemy, D, Corbin, A. et al. (1992). *Historia de la vida privada. El siglo XX: diversidades culturales*. Madrid: Taurus.
- Arregui, J. V., y Choza, J. (1993). *Filosofía del hombre*. Madrid: Rialp.
- Benítez, J. A. (1988). *Carnero de Medellín y miscelánea de varias noticias, antiguas y modernas de esta villa de Medellín*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura.
- Berman, M. (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo Veintiuno.
- Bernal, A. (1980). *Miscelánea sobre la historia, los usos y las costumbres de Medellín*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Bollnow, O. (1964). El hombre y su casa. *Eco*, IX (52-54), 452-493.
- Botero, F. (1996). *Medellín 1890-1950*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Botero, F. (1994). *Cien años de la vida de Medellín 1890-1990*. Medellín: Concejo de Medellín.
- Bravo, J. M., Ramírez, E., y Restrepo, S. I. (2005). *330 años de historia de Medellín*. Medellín: Concejo de Medellín, Academia Antioqueña de Historia.
- Capitel, A. (2005). *La arquitectura del patio*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Carrasquilla, T. (2008). *Obra completa*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Castro, A. (1927). *El señor doctor*. Medellín: Tipografía industrial.
- Debray, R. (1998). *Vida y muerte de la imagen. Historia de la mirada en Occidente*. Barcelona: Paidós.

Duque, F. (junio 8 de 2007). *La ciudad*. Conferencia. Medellín, Universidad Nacional de Colombia.

Echavarría, E. (1936). *Crónicas*. Medellín: Tipografía Industrial.

Eliade, M. (1992). *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Labor.

García, R. J. (1997). Extranjeros en Medellín. *Boletín cultural y bibliográfico Biblioteca Luis Ángel Arango*, XXXIV, (44). Recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/boletin/boletin1/bol44/bol44d.htm>

Garrido, M. (1996). La vida cotidiana y pública en las ciudades coloniales. En B. Castro (ed.). *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. (pp. 131-158). Bogotá: Norma.

Gosselman, K. A. (1981). *Viaje por Colombia 1825-1826*. Bogotá: Banco de la República.

Jung, C. G. (1990). *Formaciones de lo inconsciente*. 2a ed. Barcelona: Paidós.

Jung, C. G. (1994). *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Barcelona: Paidós.

Leroi-Gourhan, A. (1971). *El gesto y la palabra*. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Libro de oro de Medellín: en el tricentenario de su erección en villa 1675-2 de noviembre- 1975. (1975). Medellín: Bedout.

Martínez, L. (2000). *La transformación de los espacios y los objetos en las casas de Medellín entre 1830-1930*. Medellín: documento inédito disponible en la Biblioteca de la Universidad de Antioquia.

Morales, G. A. (ed.). (2003). *De viajeros y visitantes*. Medellín: ITM.

Naranjo, J. A. (ed.). (1995). *Antología del temprano relato antioqueño*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura.

Ochoa, L. (1984). *Cosas viejas de la Villa de la Candelaria*. Medellín: Idea, Benedan, FLA, EDA.

Pardo, J. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-textos.

Perfetti, V. (1996). Tres proyectos para un deseo: la ilusión de una ciudad. En J. Melo, *Historia de Medellín*, tomo I. (pp. 85-104). Medellín: Suramericana.

Piedrahita, J. (1975). *Documentos y estudios para la historia de Medellín*. Medellín: Concejo Municipal.

Piedrahita, J. (1976). *Del poblado de San Lorenzo a la parroquia del Poblado, 1876-1976*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura del Departamento de Antioquia.

Rapoport, A. (1969). *Vivienda y cultura*. Barcelona: Gustavo Gili.

Reyes, C. (1996). *La vida cotidiana en Medellín, 1890-1930*. Bogotá: Colcultura.

Rodríguez, P. (1992). *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial 1675-1730*. Medellín: Universidad de Antioquia.

Romero, J. (1958). *Historia de las artes plásticas. Tomo IV: Las artes derivadas*. Buenos Aires: Poseidón.

Saffray, D. (1948). *Viaje a Nueva Granada*. Bogotá: Ministerio de Educación.

Saldarriaga, A. (1995). *Casa republicana. La Bella Época en Colombia*. Bogotá: Villegas Editores.

- Santa, E. (1986). *La crisis del humanismo*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Schaeffer, J. (2005). *Adiós a la estética*. Madrid: Machado Libros.
- Von Schneck, F. (1953). *Viajes por Antioquia en el año de 1880*. Bogotá: Banco de la República.
- Wiener, P., y Serte J. (1950). *Informe del Plan Piloto de Medellín, Volumen II: Descripción*. Medellín: documento inédito disponible en la Biblioteca de la Universidad Bolivariana.
- Zambrano, F. (1992). *Crónicas del Nuevo Mundo*. Medellín: El Colombiano, Cinep, Instituto Colombiano de Antropología.
- Zapata, L. (1988). *Primer catecismo en Santa Fe de Bogotá, manual de pastoral diocesana del siglo XVI*. Bogotá: Cepal.